

bres del mundo, y una de las mas bellas obras del hombre, cuales son Licurgo y su institucion!

Las casas son chicas y sin adornos se han ido  
 dando a las y heredas, donde se hallan los la-  
 zos y el modo de vestir sin adornos, o a lo mas  
 y la parte meridional de la ciudad está de la  
 pedana, para las tierras de a pie y de a ca-  
 balla. Desde allí se va en el pantano: la  
 par de arbores para la jarama, sembrado  
 por hermosos platanes, y al lado de las muer-  
 tes del mundo, y de un arroyo, que le curan  
 por medio de un canal de comunicacion se ca-  
 ra en el por dos puentes; a la entrada del que  
 está la escultura de Hércules, a de la fuerza que  
 lo toma todo; a la izquierda del otro, la imagen  
 de Licurgo, a de la izquierda del otro, la imagen  
 de Licurgo, a de la izquierda del otro, la imagen



A vista de este lugar, después de haber pa-  
 sado una gran parte de la jornada que se puede ha-  
 cer, se halla en las orillas que se encuentran en  
 ambas de las orillas que están y faciendo  
 ella, por la alta reputacion de sus habitantes, no  
 hallase en ella, sino unas pocas casitas, en lugar  
 de una gran ciudad, y unas pocas casitas.  
 en lugar de casas, graneros, y otros  
 edificios, por lo común edificios con una  
 capa de yeso, en lugar de muros y torres.  
 indios. Pero cuando se comienza a ir  
 presa, cuando España, mejor conocida, que  
 vive a su admiracion uno de los mayores hom-

## CAPITULO XLII.

### DE LOS HABITANTES DE LACONIA.

Los descendientes de Hércules, ayudados de un cuerpo de dorios, se apoderaron de la Lacia, y vivieron sin distincion con los antiguos habitantes del pais. Poco tiempo despues les echaron un tributo, y los despojaron de parte de sus derechos. Las ciudades que convinieron en este arreglo, conservaron su libertad: la de Helos se resistió, y forzada luego a ceder, quedaron sus habitantes casi reducidos a la condicion de esclavos.



Los de Esparta se desunieron despues , y los mas poderosos confinaron á los mas débiles en el campo , ó en las ciudades vecinas. En el dia mismo se distinguen los Lacedemonios de la capital , de los de la provincia ; y unos y otros de la prodigiosa multitud de esclavos dispersos por el pais.

Los primeros , que llamamos comunmente Esparciatas , forman aquel cuerpo de guerreros , de que pende la suerte de la Laconia. El número de ellos , segun se dice , ascendia antiguamente á diez mil ; en tiempo de la expedicion de Xerxes era de ocho mil: las últimas guerras los han disminuido de tal modo , que al presente se hallan muy pocas familias antiguas en Esparta. He visto algunas veces hasta cuatro mil hombres en la plaza pública , y apenas habia entre ellos cuarenta Esparciatas , aun contando los dos reyes , los éforos y los senadores.

Las mas de las familias nuevas vienen de algunos hilotas , que han merecido primero la libertad , y despues el título de ciudadanos ; á los cuales no se les llama esparciatas , sino que segun la diferencia de privilegios , que han obtenido , se les dan diversos nombres , que todos indican su primer estado.

Tres hombres grandes , Calicrátidas , Gilipo y Lisandro , nacidos en esta clase , fueron educados con los hijos de los Esparciatas , como lo

son todos los de los hilotas libres ; pero solamente en virtud de sus hazañas obtuvieron todos los derechos de ciudadanos.

Este título se concedia en otro tiempo rara vez á los que no habian nacido de padre y madre esparciatas ; y es indispensable para ejercer la magistratura , y mandar los ejércitos : pero pierde una parte de sus privilegios , si se mancha con alguna accion ruin. El gobierno vela en general sobre la conservacion de los que lo tienen , y en particular sobre la vida de los esparciatas de nacimiento. Ha sucedido , que por sacar á algunos de una isla , donde los tenia sitiados la armada de los Atenienses , ha perdido el gobierno á esta ciudad una paz vergonzosa , y hecho el sacrificio de su marina. Todavía se le ve continuamente no exponer á los tiros del enemigo , mas que un corto número de ciudadanos. En estos últimos tiempos , los reyes Agesilao y Agesilópolis , no solian llevar á sus expediciones mas que treinta de ellos.

No obstante la pérdida de sus antiguos privilegios , las ciudades de la Laconia se consideran como una confederacion , cuyo objeto es reunir sus fuerzas en tiempo de guerra , y conservar sus derechos en tiempo de paz. Cuando se trata del interes de toda la nacion , envian sus diputados á la asamblea general , que siempre se congrega en Esparta ; y en ella se arreglan , así las



contribuciones que han de pagar, como el número de tropas con que han de contribuir.

Los habitantes no reciben la misma educación que los de la capital: con costumbres más rústicas, tienen un valor menos distinguido. De aquí es, que la ciudad de Esparta ha cobrado sobre las otras el mismo ascendiente, que la de Elis sobre las de la Elide, y la de Tebas sobre las de Beocia. Esta superioridad excita la envidia y el odio: en una de las expediciones de Epaminondas, muchas juntaron sus tropas á las de los Tebanos.

En Lacedemonia se hallan más esclavos domésticos, que en ninguna otra ciudad de la Grecia. Sirven á sus amos á la mesa, los visten y desnudan, hacen sus mandados, y cuidan de la limpieza de la casa: en el ejército se emplean muchos en el bagage. Como las Lacedemonias no deben trabajar, hacen hilar la lana á las esclavas que tienen á su servicio.

Los hilotas han tomado este nombre de la ciudad de Helos, y no se les debe confundir, como han hecho algunos autores, con los esclavos propiamente tales; pues más bien son un medio entre los esclavos y hombres libres.

Una casaca, una gorra de piel, un trato riguroso, decretos de muerte pronunciados algunas veces por ligeras sospechas que hay de ellos, les recuerdan á cada momento su estado; pero

su suerte la suavizan algunas ventajas reales. Al modo de los siervos de Tesalia, toman en arrendamiento las tierras de los Esparciatas; y con la mira de retenerlos con el cebo de la ganancia, no se les exige más que un rédito, determinado mucho tiempo hace, que no guarda proporción con el producto: sería una cosa vergonzosa para el propietario exigir más.

Algunos ejercen las artes mecánicas con tal habilidad, que en todas partes se buscan las llaves, camas, mesas y sillas hechas en Lacedemonia. Sirven en la marina en calidad de marineros: en los ejércitos un oplita, ó de armadura pesada, lleva consigo uno ó muchos hilotas. En la batalla de Platea, cada esparciata tenía siete de ellos consigo.

En los peligros inminentes se despierta su celo con la esperanza de la libertad; ha habido ocasiones en que la han obtenido destacamentos numerosos por premio de sus hazañas. El Estado es quien únicamente les concede este beneficio, porque pertenecen más bien al Estado, que á los ciudadanos, cuyas tierras labran; y este es el motivo de que estos últimos no puedan, ni darles libertad, ni venderlos en países extranjeros. Su libertad se anuncia por una ceremonia pública: los llevan de un templo al otro, coronados de flores, á la vista de todos; y después se les permite habitar donde quieran. Cuan-



do hacen nuevos servicios, suben á la clase de ciudadanos.

Desde el principio, impacientes los esclavos con el yugo, habian querido romperle muchas veces; pero desde que los Mesenios fueron vencidos por los Esparciatas, y reducidos á este estado afrentoso, fueron mas frecuentes las rebeliones: á excepcion de un corto número, que permanecieron fieles, los demas, puestos como en celada, en medio del Estado, se aprovechaban de sus desastres para apoderarse de un puesto importante, ó ponerse de parte del enemigo. El gobierno procuraba contenerlos en su deber, ya con recompensas, y mas bien con rigor excesivo; y aun cuentan, que en una ocasion hizo desaparecer á dos mil, que habian manifestado mucho valor, y que nunca se supo de qué modo habian perecido. Otros rasgos de barbarie se citan no menos execrables \*, que dieron

\* Consternados los Lacedemonios con la pérdida de Pilos, que acababan de quitarles los Atenieses, resolvieron enviar nuevas tropas á Brasidas su general, que estaba entonces en Tracia. Tenian dos motivos para ello: el primero continuar haciendo una diversion que llevase á aquellos países remotos las armas de Atenas; el segundo alistar y hacer marchar á la Tracia un cuerpo de hilotas, cuya juventud y valor les inspiraban continuamente temores bien fundados. En consecuencia, se prometió dar la libertad á los que se habian distinguido mas en las guerras anteriores. Presentáronse muchísimos, y de ellos se escogieron dos mil, á quienes se les cambió la palabra. Coronados de flores, los llevaron solemnemente

lugar á este proverbio: « en Esparta no tiene límite la libertad, ni la esclavitud tampoco. »

mente á los templos, por ser esta ceremonia la principal del recobro de la libertad. Poco despues, dice Tucídides, los desaparecieron, y nadie supo jamas como habian muerto. Plutarco, que copió á Tucídides, observa tambien que se ignoró entonces, y que no se ha sabido despues el género de muerte, que dieron á estos dos mil hombres.

En fin, Diodoro Sículo pretende que los dueños de estos esclavos recibieron orden para darles muerte dentro de sus casas. ¿Cómo podia él saber una circunstancia, que no pudo alcanzar un Tucídides, aun viviendo en el tiempo en que sucedió esta escena bárbara?

Sea de esto lo que fuese, se ofrecen aquí dos hechos, que es menester distinguir con cuidado, porque se derivan de dos causas diferentes: el uno es la manumision de dos mil hilotas; y el otro la muerte de estos hilotas. La libertad se les dió seguramente por orden del senado y del pueblo; pero tambien es cierto, que no se les dió muerte por decreto emanado del poder supremo. Ninguna nacion se hubiera prestado á tan negra traicion; y en este caso particular se ve claramente que el congreso de los Esparciatas no rompió las cadenas de los hilotas, sino para armarlos y enviarlos á Tracia. Por el mismo tiempo los éforos enviaron á Brasidas otros mil hilotas; pero como estos refuerzos salian de Esparta algunas veces de noche, pudo creer el pueblo que los dos mil que el habia librado de la esclavitud, habian ido á su destino; y cuando echó de ver su error, fué facil persuadirle que los magistrados, sabedores de que ellos habian conspirado contra la república, habian dispuesto darles la muerte en secreto, ó se habian contentado con desterrarlos del territorio de la república. Hoy dia nos es imposible aclarar un hecho, que en tiempo de Tucídides estaba envuelto en tinieblas. Me basta mostrar que no se debe imputar este crimen á la nacion, sino mas bien á la falsa política de los éforos que mandaban; los que con mas poder y menos virtudes



Yo no he sido testigo de esto: solamente he visto, que los Esparciatas y los hilotas están llenos de una desconfianza mutua, observándose con temor; y que los primeros emplean, para que les obedezcan, un rigor que las circunstan-

que sus predecesores, pretendían sin duda que todo era lícito cuando se trataba de la salud del Estado; porque se debe notar que ya entonces empezaban á torcerse los principios de justicia y de moral.

Otras crueldades se citan, cometidas contra los hilotas. Un autor llamado Miron, refiere, que para recordar continuamente á estos su esclavitud, les daban todos los años cierto número de azotes. Acaso habria cien mil hilotas en Laconia y Mesenia: reflexiónese un momento sobre lo absurdo del proyecto, y sobre la dificultad de la ejecución, y juzgue cada uno. El mismo autor añade, que castigaban á los dueños que no mutilaban á aquellos hilotas que nacían con una constitución robusta. ¿Estarian pues estropeados todos aquellos hilotas que se alistaban y servían con tanta distinción en los ejércitos?

Sucede muy á menudo, que se juzga de las costumbres de un pueblo por algun caso particular que ha hecho impresion á algun viagero ó se ha citado á algun historiador. Cuando Plutarco dice, que para inspirar aversión á la embriaguez, á los hijos de los Esparciatas, les ponían delante un hilota, privado con el vino, tengo motivo para pensar que tomó un caso particular por regla general; ó á lo menos, confundió en esta ocasion los hilotas con los esclavos domésticos, cuyo estado era muy inferior al de los primeros. Pero doy entero crédito á Plutarco, cuando dice que estaba prohibido á los hilotas cantar los himnos de Alcman y de Terpandro, porque en efecto, estas poesías inspiraban el amor de la gloria y de la libertad, y era sábia política prohibirlas á unos hombres de quienes habia motivos poderosos para temer el valor.

cias hacían al parecer necesario; porque los hilotas son malos de gobernar. Su número, su valor, y sobre todo sus riquezas, los hacen presuntuosos y audaces, y de aqui viene, que varios autores, muy ilustrados, opinan de distinto modo sobre esta especie de servidumbre, condeñándola unos, y aprobándola otros.

